

El autor a los alumnos del IES José Jiménez Lozano:

Habéis de saber que el don más preciado con que los cielos adornaron a la humana naturaleza es el del entendimiento, que sobrepasa con mucho a la belleza y a las riquezas, aunque estas también se tienen por señaladas gracias.

Suele suceder que algunos mortales gozan de él ya desde la cuna, pues con ellos la fortuna se mostró pródiga y les hizo merecedores de tan alta estimación. Por el contrario, otros lo han de procurar por sus propios medios y, es menester que, guiados por la fuerza que da la confianza de conocer que se conducen por la senda acertada y por el anhelo de alcanzar unos sazonados y sabrosos frutos, sigan aquello que les hará gozar de celestiales mercedes, superiores a las que disfrutarán los que se miran en el falso espejo de la belleza y las riquezas.

A fe que, es inclinación natural del hombre amar las cosas bellas, las cuales, según algunos eminentes sabios y discretos eruditos, reflejan la belleza del Creador. Esta hermosura camina de la mano de la perfección, que no es otra cosa sino hacer que cada persona y cosa se asienten en su lugar y se ocupen de los afanes que el cielo, en su infinita sabiduría, les ha encomendado. No es malo que el hombre discreto quiera alcanzar tal belleza.

Por el contrario, existe otra forma de belleza más visible, palpable y caduca anhelada por los hombres. Es aquella que descubrimos cuando contemplamos a los seres adornados con las más gentiles

gracias que fueron, son y serán cantadas, alabadas y pintadas por músicos, poetas y pintores. Pero si bien es verdad que esta contemplación adormece nuestro buen juicio y enciende la cegadora pasión, sin embargo, esta apetencia de poseer las cosas bellas no es el fin verdadero al que el hombre ha de aspirar. En ocasiones acontece que nos hartamos con premura de los vacuos crepeses y, otras, descubrimos que esta delicada flor, a poco de abrirse, con los primeros calores o con la tenebrosa tormenta se marchita, languidece y muere.

¿Y qué decir de las riquezas? Cegados por el brillo del vil metal y enloquecidos por el tintinear de la bolsa del opulento, trabajamos con ahínco para atesorar vestidos, brocados, joyas, palacios, ínsulas o imperios que serán abatidos cuando sople el cierzo de la vida y contemplaremos sorprendidos las ruinas y los deshechos por los que perdimos el sueño en la noche, olvidamos el goce de los días, abandonamos el amor de la familia y descuidamos el trato del amigo.

Es mi deber despertaros la conciencia, abriros los ojos y espolear vuestros sentidos para que verdaderamente, si el mundo ha entendido las aventuras de este loco tan cuerdo o de este cuerdo tan loco y de su fiel escudero, que no son otros sino los tan celebrados don Quijote y Sancho Panza, sigáis mis consejos -y con estos serían los terceros- y dediquéis vuestro esfuerzo a iluminar la mente con la luz de la sabiduría, don inestimable y riqueza duradera.

Hace ya cuatrocientos años que las señaladas hazañas del inmortal don Quijote y su leal escudero salieron a la luz de la verdad; desde

entonces han andado por los caminos y las ventas de la vida y se han enfrentado, con variable fortuna, a los desaforados gigantes que han aparecido en el proceloso mar de la existencia. Que esta grande y puntual historia os sirva para huir de las engañas del mundo, abominar de las necedades, conducirnos por concertadas razones y acometer honrosas acciones. Vale.

En la muy noble, leal e ilustrada ciudad de Valladolid, en la que ha tiempo que viví, acompañando a la corte de su católica majestad, El Rey Nuestro Señor Felipe III, y a la que he vuelto a acudir para dedicaros estas razonadas razones, abril de 2015

*Miguel de Urbante
Saavedra &*

NOTA: LA AUTORA DE ESTAS PALABRAS PIDE DISCULPAS POR EL ATREVIMIENTO DE HABERLAS PUESTO EN BOCA DE TAN AFAMADO ESCRITOR.